CAPÍTULO V.

SAN FRANCISCO EL GRANDE.

PUEDE gloriarse España de contar entre sus templos, no pocos famosos por su estilo artístico, por sus años y por sus tradiciones.

En Burgos levanta sus agujas esbeltas de ojival florido, la soberbia Catedral, que parece hecha de azúcar cuando la nieve cuaja y cubre caprichosa el laberinto de labrados en torres y techos y fachadas.

En Toledo, la gran basílica, ojival, también de la época florida, sepulcro imponente de los primados del Reino, monumento misterioso poblado de estatuas, de leyendas, de imágenes venerandas y de tumbas añejas con inscripciones verdaderamente indescifrables, desde el siglo XIII allí esculpidas.

En Córdoba, la célebre mezquita, la gran aljama, prodigio admirable de la fantástica imaginación musulmana; bosque encantado de columnas sin cuento, convertido en catedral cristiana á raíz de la conquista sobre los árabes.

En Sevilla, muestra también de la arquitectura impropiamente llamada gótica, la no menos renombrada basílica levantada en los mejores tiempos del arte, ornato y gala de la perla del Guadalquivir.

En suma, templos de valor artístico ó de perdurables tradiciones, ó santuarios como el de Nuestra Señora del Pilar en Zaragoza, universalmente venerados, por todas partes surgen en España, para unción del piadoso visitante y alabanza y prez de quienes tan preciadas joyas guardan, cuidándolas de la destructora mano del tiempo ó de la no menos perjudicial del hombre.

Sin embargo, no es por cierto en la capital de España en donde hallaremos el mayor número de templos, como en otras ciudades del mundo pasa, ni mucho menos tan famosos como los que apenas he apuntado.

Tiene Madrid, es verdad, iglesias que llaman la atención del curioso caminante, por esta ó la otra circunstancia, mas no por el conjunto de la fábrica ó por su excepcional construcción. Por ejemplo, las Salesas Reales, por la tumba riquísima de Fernando VI,[1] mandada erigir por Carlos III, y el sepulcro del bravo General O'Donell, primer Duque de Tetuán; la arruinada basílica de Atocha, por las huesas de Castaños, de Palafox, de Prim, y por selecta colección de históricos pabellones; las Trinitarias, donde yacen las cenizas del inmortal autor de *Don Quijote* y de la *Ilustre Fregona;* y otras varias como las aristocráticas iglesias de San José y las Calatravas, que son como las nuestras de Santa Brígida ó la Profesa, á las cuales los domingos asiste á misa la nata y flor de la sociedad madrileña. La catedral de San Isidro en la calle de Toledo, amplia y vasta, carece de todo mérito artístico.

Sólo San Francisco el Grande, aunque retirado del centro, es el único santuario que merece especial mención y visita detenida.

1 Felipe V y Fernando VI son los únicos reyes que desde Carlos V hasta Don Alfonso XII no yacen en el Panteón del Escorial. El sepulcro del Rey Don Fernando, fundador del edificio, es una obra de arte, hecha de mármoles y bronces. Cubre la urna funeraria un manto de mármol recogido; encima, sobre un cojín, se muestran los atributos de la monarquía, y distribuídas á ambos lados, se ven la *Justicia* y la *Abundancia* y arriba el *Tiempo*, todo de mármol, y otras piezas bellísimas.

Es el templo más renombrado de la Corte, el más suntuoso, el más bien acabado y bello de cuantos en Madrid existen.

Lo recorreremos brevemente, para lo cual nos encaminaremos á él por la Plaza de Oriente ó calle Mayor, para poder recrear nuestra vista en el viaducto de la calle de Segovia.

Situado Madrid en terreno desigual, tiene pendientes rapidísimas, que en cierto modo hacen agradable la perspectiva general de sus calles. Pasado el Palacio Real, existe, pues, una gran depresión del terreno, formándose en el fondo la calle de Segovia, que en línea recta se prolonga, atravesando el Manzanares, hasta la carretera de Extremadura.

Difícil se hacía, por consiguiente, el paso directo desde Palacio (por la Plaza de Oriente) á San Francisco, y para ello era menester andar el doble del camino.

Pero hé aquí que todo queda subsanado mediante un gran puente de hierro perpendicular á la calle de Segovia, de tal manera, que es como otra calle encima de la ya citada, y que, en efecto, es la continuación de la de Bailén.

El viaducto es de excelente y sólida construcción, sostenido por dos armaduras metálicas sobre zoclos de mampostería, y las cuales pueden estudiarse bien bajo el puente. Éste tiene 130 metros de longitud por 13 de ancho y 23 de altura sobre el eje de la calle; suficientemente amplio, con aceras para la circulación de la gente de á pie y buen tramo para el paso de carruajes. La obra, que lleva de acabada unos treinta años, importó suma respetable.

Protegido el puente por rejas de hierro, puede impunemente pasearse por él; aunque siempre veréis una pareja de Orden público, que os mira al soslayo pronta á acudir á vuestro lado al menor movimiento de curiosidad hacia abajo. Debéis estar en que por tal viaducto suelen los desesperados y los que por este valle de amarguras caminan sin esperanzas ni fe, arrojarse para *romperse* el bautismo en lo más profundo

del lugar. De suerte que la pareja cumple á las mil maravillas su cometido, examinando de arriba abajo á todo hijo de vecino que pasa por el puente, y de seguro que la pareja será la sombra constante, en aquel trayecto, del desgraciado que tenga ó parezca tener cara de suicida.

Recuerdo que el chispeante Luis Taboada ha escrito algo acerca de esto y los héroes de su capítulo son, como debe suponerse, los *tronados* y míseros á quienes la suerte ha dado con el pie.

A la hora en que cae el sol, magnífico es el paisaje desde el puente, propio para una acuarela de esas borroneadas con sepia por mano maestra. Las casas bajo el viaducto, amontonándose unas junto á otras; el hormiguero humano en el fondo, dispersándose ó aglomerándose, y más allá los campos dilatados y azuleando las lomas más y más por la distancia. En noche de luna la vista es fantástica: las tejas negras de las casas dibujan siluetas caprichosas por las cuales de repente se destacan las torres de las iglesias cercanas; la calle con sus filas de luces, bajo los pies del observador, que aparece como en inmenso balcón suspendido en el espacio.

Para llegar todavía á San Francisco hay que pasar por varios callejones, y más tarde se ampliará aquello, derribando varias casas que obstruyen el paso.

Nos encontramos ya en una plazoleta y frente al templo.

Su fachada, modernísima, es de gusto clásico y de dos cuerpos, estilo Renacimiento. El inferior tiene tres puertas arcadas; sobre él descansa el otro con tres grandes ventanas que corresponden á cada una de las puertas, rematando la central por un frontón que lleva la cruz de los caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén.

Echó los cimientos del primitivo templo en los comienzos de la centuria décima tercia, el mismo San Francisco de Asís, fundando primeramente una ermita, y á su lado humilde choza donde el santo vivía. Corriendo el tiempo, aumentó con él la devoción del pueblo á aquel venerable sitio, y la ermita

se trocó luego en verdadero templo y en convento; fundáronse capillas, el culto adquirió cierto desarrollo, y así transcurrieron los años, sufriendo la iglesia una renovación en 1617. El tiempo deterioró, como natural era, templo y convento; además, éste parecía estrecho, y entonces se convino en demoler la vetusta fábrica y en su lugar hacer otra más sólida, amplia y hermosa. Hízose, en efecto, así, y en 1761 aquello comenzó á derribarse, terminándose la obra siete años más tarde. Aun cuando el Rey Carlos III tuvo el propósito de hacer de San Francisco la principal iglesia de la corte, la idea no tuvo cabida por varias y poderosas causas. Se cuenta también, entre los muchos proyectos que se han tenido para cambiar de uso el templo, el de hacerlo panteón nacional, y aun allí se transportaron en 1869 los restos de muchas glorias españolas, entre otros los de Juan de Mena, el célebre vate contemporáneo del no menos célebre Marqués de Santillana; de Quevedo, de Calderón, de Ercilla y de otros muchos. Finalmente, se pensó en 1880 restaurar por completo el templo: púsose manos á la obra con verdadero entusiasmo, y en 1888 se vió del todo restaurado tal y como ahora se admira y se contempla.

Por el pórtico puede juzgarse de la magnificencia del interior. Un mosaico romano, primorosamente hecho, decora el pavimento del vestíbulo, que tiene tres puertas que dan acceso al templo, y otras cuatro laterales, dos para cada uno de los lados que cierran, con la fachada, aquel pórtico. No hay palabras para alabar el buen gusto y la riqueza de las puertas, divinamente talladas en madera con rara perfección. Quien las haya visto podrá dar fe de mi dicho. Cada figura es una esculturita acabada; en una de las puertas hay un San Francisco de poco menos de media vara, que habla, por decirlo así. ¡Qué expresión! ¡Qué actitud! Calada la capucha, mira al cielo en éxtasis; las manos dentro de las mangas del hábito; en suma, una maravilla. Por todas partes, y combinadas, se ven las llagas, las *Conformidades* y la cruz de los ca-

balleros de San Juan, cuya es esta iglesia para la celebración de sus cultos.[1]

El interior, aunque un poco obscuro, causa á primera vista buena impresión. Es imponente, grandioso, pero recargado de adornos. Ahora que recuerdo bien, tiene el aspecto severo y de majestad de algunas iglesias de Roma que ví más tarde en la Ciudad Eterna, y donde llevaré, Dios mediante, al lector en el transcurso de estos capítulos.

La planta es circular, y en una nave concéntrica que corre á ambos lados de las puertas de entrada y de la capilla principal ó altar mayor, se distribuyen seis capillas, cada una de las cuales, rica en pinturas, en decorado, en mármoles, es digna de la mayor atención.

El pavimento general es de mosaico de mármol, y sobre sendos pedestales de la misma materia, arrimados á doce pilastras de la rotonda, se alzan las grandes figuras de los apóstoles, esculpidas en blanco mármol de Carrara por artistas residentes en Italia; cubriéndolo todo airosa cúpula decorada profusamente, como todo el templo, y en donde se destacan las figuras de los profetas.

¿Qué decir ahora del altar principal y de cada una de las capillas? Nuevos capítulos podían consagrárseles, sobre todo para el lector que ame lo bello, lo artístico y lo grande. Para tal cosa no se necesita ser artista sino sentir; como no hay que ser músico para gozar con los dulces sonidos del arpa ó con una voz sonora y armoniosa; como tampoco hay que ser poeta para soñar ante paisajes hermosos que la naturaleza presenta á manos llenas en la faz inmensa del planeta.

El altar mayor, aunque contrasta con el orden adoptado para el templo, por ser aquel ojival, es acabado: sobre cuatro grandes pedestales álzanse las estatuas en bronce de los evan-

1 Estas puertas son una prueba de que en los tiempos actuales pueden hacerse tantas maravillas como antes se hacían. Las puertas tienen grabado el nombre de su autor, nombre que no sé cómo se me pasó apuntar.

gelistas; abundan en todo el presbiterio las pinturas de distinguidos maestros, circundando ese recinto espléndida sillería de madera tallada, estilo Renacimiento.

Las capillas tienen su advocación especial, y según es ésta en todo se corresponde el decorado.

Las seis capillas se hallan dedicadas respectivamente, las tres del lado de la Epístola, á la *Concepción;* á las *Mercedes*, capilla de estilo Renacimiento; y á la *Pasión del Señor* la tercera, con su altar bizantino. Las del Evangelio, á la *Orden de Carlos III*, á las *Órdenes militares* y, finalmente, á *San Francisco*, capilla esta última de gusto plateresco.

Todas las capillas son hermosas, cada una en su estilo, en sus detalles, en su conjunto. Pero de todas ellas hay una que encanta: la de la institución de la Orden de Carlos III. Cuando se mira desde el templo la capilla, el efecto es superior: imaginaos la vaga claridad del santuario, mezcla de tinieblas y de luz: he dicho antes que la iglesia es un poco obscura, contribuyendo también á ello los mármoles parduscos que forran las paredes: se abre en seguida en el muro la arcada de la capilla, iluminada ésta con mayor intensidad que el templo, por una ventana practicada en la pequeña bóveda que á la capilla cubre; de esta suerte, la ilusión es completa: el observador no ve la ventana, sino la luz suave y apacible que parece proceder del mismo cielo, y que ilumina á maravilla un conjunto de figuras que en el fondo se destacan de bulto: la Virgen aparece entre nubes cogiendo el gran collar de la Orden que el mismo Rey Carlos III le ofrece de rodillas. La figura del monarca es magnífica. Plasencia, que es el artista á quien tan bello lienzo se debe, le representó de espaldas, sosteniendo en sus hombros el manto vistoso de la orden. Difícil es realizar la feliz concepción de Plasencia, pintando á una persona de espaldas, y cuyas facciones se adivinen. Sólo viendo esta capilla, puede juzgarse del efecto que he indicado.

El coro tiene una sillería ojival inapreciable, procedente

de un monasterio, y un soberbio órgano alemán. Llenan el espacio cuadros y bajos relieves, todo notable.

En resumen: la iglesia de San Francisco el Grande es un conjunto de joyas artísticas, cuyo valor aumenta con la riqueza del material y en donde nada se ha escaseado. El golpe de vista de todo el santuario es de buen efecto, aunque un poco recargada la fábrica, como dije antes. El todo, magnífico, imponente y bello.

Es un templo que debe estudiarse y visitarse varias veces.